Discurso de Javier Milei

Presidente de la Nación Argentina, laureado del PEF Prize 2026

París — 2 de octubre de 2026

VERSIÓN ORIGINAL EN ESPAÑOL · TEXTO PRONUNCIADO

Buenas tardes a todos.

En primer lugar, deseo dar las gracias por este premio. También deseo dar las gracias por el privilegio de lo que ha sido la reunión previa a esta ceremonia. Tener verdaderamente la posibilidad de hablar con un gigante intelectual, con un gran maestro como Philippe Aghion, es un privilegio enorme. Pero es un motivo de alegría adicional cuando, además, esa persona pertenece al campo en el que uno, desde un lugar mucho más humilde, ha trabajado y se ha especializado. En mi caso, decidí estudiar economía y, con el correr de los años, decidí especializarme en crecimiento económico.

Una de las cosas más maravillosas que me pasó recién, cuando hablaba con el profesor Aghion, fue descubrir que el motivo por el cual se dedicó al crecimiento económico fue justamente que le preocupaba la pobreza y cómo sacar a la población de la pobreza.

En ese mismo momento me vino a la cabeza la frase que está en muchos de los libros de crecimiento económico, una frase de Robert Lucas Jr. que es muy impresionante. Dice: «Las consecuencias sobre el bienestar humano de este tipo de cuestiones son verdaderamente estremecedoras, a punto tal que, cuando uno empieza a pensar en ellas, nunca más puede volver a pensar en otra cosa».

Cuando uno lee esa frase, es verdaderamente muy impactante. Pero cuando uno se pone a estudiar crecimiento económico, ya no puede dejar de pensar en esos términos. Y cuando hablaba con el profesor Aghion, eso fue lo que flotó en la reunión todo el tiempo.

La explicación del crecimiento económico tiene, además, distintas versiones. En mi caso, como alguien que solo lo ha estudiado, me enfrenté al menú de opciones, y hay una línea de pensamiento que me resultó más atractiva: justamente la línea schumpeteriana o neoschumpeteriana impulsada por el profesor Aghion. Le comenté, además, la hermosa experiencia de leer sus libros con Howitt.

Por lo tanto, esta primera parte de mi charla era para dar las gracias por el premio, dar las gracias por permitirme estar aquí y dar las gracias por el privilegio de poder compartir la charla con el profesor. Es más, parece que estoy de racha en estas semanas, porque días atrás tuve además el privilegio de conocer a Xavier Sala-i-Martín.

Así que lo primero que quiero manifestar es mi profundo agradecimiento por todo este hermoso momento que me están brindando, en una tarea que es bastante ingrata, en la cual uno debe enfrentar

todo tipo de circunstancias y asumir un montón de costos. Tiene que soportar mentiras, calumnias, injurias, dichos que manchan el buen nombre y el honor, el propio y el de la propia familia. Pero también hay un elemento por el cual vale la pena hacerlo: uno está escribiendo una página de la historia. Y cuando aparecen estos momentos, la utilidad se incrementa sustancialmente.

Dicho esto, una de las cosas que quiero contar es cómo este enfoque del crecimiento económico es el elemento determinante con el que diseñamos las políticas públicas, y la política económica en particular.

Básicamente, tenemos que enfrentar dos situaciones: una es la coyuntura, y la otra es cómo enlazar la coyuntura con el largo plazo, que es de lo que se ocupa el crecimiento económico.

Al momento de recibir la economía argentina, teníamos lo peor de las tres grandes crisis de la Argentina. Teníamos un desequilibrio monetario que duplicaba el que tuvimos en el año 75, que terminó en una explosión inflacionaria que multiplicó por seis la tasa de inflación. Imagínense: era el doble. La mejor manifestación de ello es que la brecha cambiaria —es decir, la diferencia entre el tipo de cambio oficial y el paralelo— era de tres veces, es decir, del 200 %.

Enfrentábamos además la situación de un Banco Central quebrado, teníamos un desequilibrio fiscal muy grande e indicadores sociales peores que los que teníamos en la previa de la crisis de 2001. Al mismo tiempo, la inflación viajaba al 1,5 % diario. Teníamos cuatro bases monetarias venciendo día a día en el Banco Central en pasivos remunerados, que nos generaban un déficit cuasifiscal de 10 puntos del PIB, y teníamos el equivalente a diez bases monetarias venciendo día a día en deuda del Tesoro Nacional. Es decir, en un día podíamos multiplicar la cantidad de dinero por quince. Estábamos literalmente en una hiperinflación.

Por lo tanto, teníamos que enfrentar un desequilibrio fiscal del Tesoro de cinco puntos del PIB y de diez puntos en el Banco Central: había que enfrentar 15 puntos del PIB.

En ese contexto, durante la campaña, yo llevaba una motosierra y decía que iba a cerrar el desequilibrio fiscal en el primer año, y decían que era imposible que lo hiciera ni siquiera en cuatro. Bueno, gracias al talento, a la valentía y al coraje de mi ministro de Economía, el arquitecto del milagro, Luis «Toto» Caputo, logramos el equilibrio fiscal en el primer mes de gestión. Es decir, en el primer mes de gestión hicimos una reducción del gasto público del 30 % y pusimos las cuentas en orden desde el primer día.

Sin embargo, a la luz de lo que les conté, ese era solamente un tercio del problema: había que arreglar el problema del Banco Central y el de la deuda. En general, la solución que ha utilizado la Argentina a lo largo de su historia siempre fue la expropiación. Nosotros, como liberales libertarios, no nos podíamos permitir la herejía de violentar la propiedad privada y de violar los contratos. Y junto al enorme trabajo del ministro Caputo, el presidente del Banco Central —que tengo el honor de que también esté aquí—, Santiago Bausili, y el hoy canciller Pablo Quirno, en aquel momento secretario de Finanzas, lograron la tarea increíble de cerrar el déficit cuasifiscal, es decir, 10 puntos del PIB, en seis meses.

Así que, en el fondo, no soy más que un privilegiado que tiene la suerte de poder guiar a un conjunto de gigantes. El otro día estaba con uno de los ministros de Macron y le fui presentando a mis ministros. Presenté al ministro Caputo como el arquitecto del milagro. Después le presenté a Federico Sturzenegger, nuestro ministro de Desregulación, con quien llevamos hechas 18.000 desregulaciones, algo así como 17 o 18 por día. Entonces me dice: «Bueno, pero usted no tiene solamente un genio, tiene dos genios». Y le dije: «No, no se equivoque. En realidad, todo mi equipo son genios». Es decir, si

algún talento tuve, es que elegí claramente a tipos verdaderamente extraordinarios, que permiten que estemos haciendo el mejor gobierno de la historia.

Ahora bien, ¿cómo encajan todas estas piezas de arquitectura macroeconómica en el crecimiento económico? ¿Cuál es nuestra estrategia de crecimiento?

El primer punto es la inflación. Viajaba al 1,5 % diario y podría haber terminado en niveles de entre el 15.000 y el 17.000 % anual. Como cortamos de cuajo el déficit fiscal y la emisión monetaria, la inflación de 2023 terminó en torno al 200 % en el consumidor y al 300 % en mayoristas. Hoy viaja en torno al 30 % en el consumidor y en torno al 20 % en mayoristas. Eliminar la inflación elimina la distorsión de precios relativos y estira el horizonte de planeamiento del sector privado. En consecuencia, no se asignan mal los recursos por tener los precios distorsionados; eso produce un reordenamiento macroeconómico, genera asignaciones más eficientes y, con ello, una ganancia de bienestar. Esa ganancia es de una vez y para siempre, porque, básicamente, el día en que uno terminó con la inflación, ese efecto se agota.

El segundo punto, extremadamente importante, es que recuperar el equilibrio fiscal implicó recomponer el ahorro, y el ahorro se vuelve una pieza fundamental para financiar la inversión. Ahí es donde juega un rol fundamental la propiedad privada, porque toda la ingeniería del crecimiento —después voy a ir a cada una de las partes— trata, en el fondo, de cómo generar ahorro y transformar ese ahorro en inversión. Por eso era tan importante desde el primer momento el respeto del derecho de propiedad, en especial en un país que venía de expropiaciones masivas durante los últimos 50 años. Resultaba fundamental respetar el derecho de propiedad para respetar el ahorro, al que además impulsamos reduciendo el desequilibrio fiscal y liberando así recursos para que el sector privado pudiera invertir.

Hay, además, un efecto colateral positivo. Cuando llegamos, la relación deuda/producto consolidada de la Argentina era del 100 % del PIB y el riesgo país estaba en 3.000 puntos básicos. Logramos el equilibrio fiscal y persistimos en esa política a lo largo de lo que llevamos de mandato, y les doy mi palabra de que, mientras yo ocupe la silla eléctrica que es la presidencia argentina, el equilibrio fiscal seguirá existiendo.

La contrapartida es que la relación deuda/producto hoy ya está en el 39 %. Es decir, la Argentina es uno de los cinco países del mundo que tiene equilibrio fiscal en la línea financiera y una relación deuda/producto del 39 %. La contracara es que el riesgo país cayó y llegó a ubicarse por debajo de los 500 puntos básicos. Sin embargo, los acontecimientos recientes en el mundo, siendo la Argentina un activo beta agresivo, hicieron que el riesgo país aumentara. Pero en cuanto terminen todas estas convulsiones internacionales, el riesgo país volverá a bajar. De hecho, el riesgo propio de nuestra administración, hasta 2027, está por debajo de los 100 puntos básicos. Por lo tanto, en caso de conseguir la reelección, el riesgo país se va a desplomar y vamos a acelerar nuestra tasa de crecimiento, seguramente a niveles del 7 u 8 % per cápita, sin ninguna duda.

Dicho esto, ¿cuáles son verdaderamente los motores del crecimiento con los que trabajamos? Uno podría decir que son básicamente tres bloques.

El primero está vinculado al respeto de la propiedad privada y al rol fundamental que esta tiene. La propiedad privada puede ser atacada de dos maneras. Una es por la vía de los impuestos, y también tenemos cosas para contar en ese sentido. Ayer, en una charla extraordinaria que daba el ministro Sturzenegger, una de las cosas que decía era: «Bajo ningún punto de vista se le ocurra llevarle al

presidente un proyecto que implique hacer déficit fiscal». Eso es maravilloso. «Y de ninguna manera se le ocurra tampoco llevarle la idea de subir los impuestos».

De hecho, hicimos el ajuste fiscal bajando el gasto público, y lo bajamos tanto que eso nos permitió además bajar la presión fiscal en tres puntos del PIB. Es decir, empezamos a devolverles dinero a los argentinos. Y, según las simulaciones del equipo del ministro Caputo, si la Argentina mantuviera una tasa de crecimiento en torno al 5 %, podríamos estar devolviéndoles a los argentinos cerca de 500.000 millones de dólares de aquí a 2031, un monto equivalente a lo que tenemos de deuda. Se les estarían devolviendo muchísimos recursos a los argentinos. Es más: haber eliminado el impuesto inflacionario —en el año previo a nuestra llegada al poder se emitían hasta 13 puntos del PIB— implicó devolverles a los argentinos 100.000 millones de dólares. Por eso, cuando uno ve después la caída de la pobreza, es tan impresionante.

La otra forma de atacar la propiedad privada es la regulación. Y ahí hay dos tipos de regulación.

Hay una regulación que genera mucho malestar cuando uno la quiere eliminar, motivo por el cual suelen agredir al ministro Sturzenegger. Y si lo agredieran de frente, no sería un problema, porque una persona tan talentosa como Federico podría desarmarlos instantáneamente. Pero lo hacen de manera cobarde, escribiéndome y mandándome mensajes a mí. En un momento, Federico había mandado algunas cosas. Se imaginarán que yo fijo las directrices, pero no puedo estar en todos los detalles. De repente empiezan a entrar cosas en mi teléfono, mi teléfono estallaba y todos se estaban quejando de Federico. Y yo dije: «¡Qué trabajo maravilloso está haciendo Federico!». Es decir, estaba terminando con un montón de curros.

Así que, Federico, seguí así, por favor, que me encanta cuando pasa eso. Sería más honesto que lo atacaran de manera directa, pero no lo pueden hacer, porque está eliminando la corrupción.

Hay, por lo tanto, una parte de la regulación destinada a generar cotos de caza —está bien decir «cotos de caza»—, donde los empresarios cazan en el zoológico. Son regulaciones para encerrar a los argentinos.

La otra regulación es más compleja. Con los impuestos, ustedes afectan el derecho de propiedad, pero no afectan la tasa de crecimiento, salvo que sean muy violentos. Lo que hacen es cambiar el nivel: pueden llevar a un PIB per cápita más alto o más bajo, pero no afectan sustancialmente la trayectoria. Hay, en cambio, algo más complejo: cuando se regula para asimilar un mercado a uno competitivo. Este caso sí es muchísimo más grave, y es muy propio del enfoque neoclásico y de la idea de falla de mercado. Cuando ustedes ven una estructura de mercado concentrada, cuya contrapartida es la existencia de rendimientos crecientes, existe la tentación por parte de los policy makers de regularla y hacerla parecer una empresa competitiva. En ese mismo momento en que ustedes la asimilan a una empresa competitiva, eso equivale a generar rendimientos constantes a escala. Y cuando ustedes tienen rendimientos constantes a escala, no hay crecimiento. Es decir, esa regulación mata el crecimiento.

Como les había señalado, desde que llegamos al gobierno Federico ha llevado a cabo 18.000 desregulaciones. Muchas de ellas han barrido con los corruptos, y otras han estimulado los rendimientos crecientes, es decir, algo que genera crecimiento económico.

Nuestro segundo bloque de crecimiento económico es la idea de nuestro Ministerio de Capital Humano. Básicamente, la idea de la contención social, de la asistencia social, siempre estuvo ligada a regalarle el pescado a la gente.

Hay una frase hermosa de Milton Friedman, inspirada en la Torá, en el libro de Shemot, que describe la salida del pueblo hebreo de Egipto: «No existe tal cosa como un almuerzo gratis». El pueblo hebreo que salió de Egipto lo tenía claro: el pescado gratis era Egipto. El pescado gratis era la esclavitud.

Bueno, nosotros no queremos esclavos: queremos argentinos libres. Por eso cambiamos la política social, a punto tal que cambiamos el nombre del ministerio: no se llama Desarrollo Social ni nada por el estilo, se llama Ministerio de Capital Humano. Y si yo pudiera, le pondría al ministerio una gigantografía de Gary Becker.

Días atrás tuve también el enorme privilegio de hablar con James Heckman, y fue maravilloso, porque nuestra construcción del Ministerio de Capital Humano estaba perfectamente alineada con los resultados de Heckman.

Hacemos un primer foco en todo lo que tiene que ver con niñez y familia. Nosotros no queremos regalar el pescado: queremos que aprendan a pescar y, si pueden, que se hagan una empresa. En ese concepto, el primer eslabón es niñez y familia. Cuando llegamos, entre la Asignación Universal por Hijo y lo que era la Prestación Alimentar o el Plan de los 1000 Días, solo se cubría el 40 % de la canasta básica. Hoy, con los desalmados liberales, esas dos prestaciones cubren el 100 % de la canasta.

Es más, es interesante cómo logramos duplicar la prestación que le llegaba a la gente sin aumentar un solo peso. Los sensibles peronistas, tan sensibleros y tan comprometidos con los vulnerables, tenían unos señores que se llamaban «los gerentes de la pobreza», que se quedaban con la mitad del dinero destinado a los vulnerables. Cuando eliminamos esa intermediación obligatoria, dejaron de tener que pasar por el peaje y, automáticamente, las personas vulnerables duplicaron los recursos que recibían, porque ya no tuvieron que pagarles a los gerentes de la pobreza.

No solo eso: el otro bloque está vinculado con la salud. Si bien originalmente formaba parte del Ministerio de Capital Humano, sus dificultades requirieron que se convirtiera en un ministerio en sí mismo, pero trabaja de manera integrada con el Ministerio de Capital Humano. Porque si usted tiene gente bien alimentada y en buenas condiciones de salud, eso permite que ingrese a la educación y se forme.

El eslabón siguiente es el mercado de trabajo, ya sea para que puedan ingresar los jóvenes o para que puedan reinsertarse quienes se han caído del sistema. Y eso también se abordó de distintas maneras. La primera tiene que ver con reentrenar a quienes se han caído del sistema para que puedan volver. Nuestra ministra de Capital Humano lo cuenta regularmente: antes la gente le pedía planes sociales; ahora le pide trabajo. Eso es un gran avance.

Pero no solo eso. Gracias a la enorme tarea de la mesa política, y en especial de nuestros aliados políticos que no son de nuestro partido —muchos de ellos están presentes y han sido parte de la Argentina Week —, pudimos sacar un montón de reformas, entre ellas la modernización laboral, de modo tal que las personas puedan ingresar a un mercado laboral más flexible. En la medida en que podamos seguir avanzando en las reformas y consolidarlas en las urnas —es decir, que los argentinos decidan seguir por este camino—, eso va a permitir incrementar la formalidad, y con ello vamos a poder resolver el último eslabón de la cadena, que es la situación previsional.

Por lo tanto, por un lado generamos rendimientos crecientes y, por otro, favorecemos la acumulación de capital humano y la inserción laboral.

Y el tercer bloque es abrir la economía. Los rendimientos crecientes son lo que Adam Smith llamaba la fábrica de alfileres. Esa división del trabajo tenía un límite, y ese límite era básicamente el tamaño del mercado. Bueno, si apuntamos a un mercado de 48 millones de personas, es un mercado chiquitito. Por lo tanto, decidimos empezar a abrir la economía.

De acuerdo con el PIB per cápita que tiene, la Argentina debería tener un coeficiente de apertura del 90 %, y tiene uno del 30 %. Es decir, la Argentina tiene que triplicar el nivel de apertura de su economía. Naturalmente, estamos haciendo mucho por eso. Hemos logrado el acuerdo con la Unión Europea, hemos logrado un acuerdo con los Estados Unidos, tenemos el acuerdo con la EFTA, estamos haciendo acuerdos bilaterales con países asiáticos y apuntamos al Tratado Transpacífico, de modo tal que podamos triplicar el volumen comercial de la Argentina. Eso va a generar muchísimo crecimiento económico: va a agrandar el tamaño del mercado y liberar todavía más rendimientos crecientes.

Tenemos también un régimen de promoción de inversiones, el RIGI, con el que ya hemos cosechado cerca de 50.000 millones de dólares de inversiones aprobadas, y tenemos todavía pendientes de aprobación más de 150.000 millones de dólares, algo verdaderamente imponente, porque representa más o menos un tercio del PIB.

Obviamente, la apertura la vamos calibrando en la medida en que podamos seguir bajando el riesgo país. Porque si apuntamos a un mercado de 8.000 millones de personas, eso significa economías de escala enormes, y la contrapartida son inversiones tremendas. Tenemos que ser bastante cuidadosos, porque mucho capital significa tasas de interés muy bajas, mientras que nosotros todavía tenemos un riesgo país muy alto. Esa transición hay que saber manejarla.

Pero tenemos sectores verdaderamente muy pujantes, que son los que están empujando el crecimiento en este momento: el petróleo, el gas, la minería y nuestro campo. A esto le sumamos lo que estamos logrando en economía del conocimiento y la apertura que estamos haciendo para que la Argentina se convierta en un hub de inteligencia artificial, porque la Argentina es muy apta, por sus tierras extensas, inhóspitas y frías, para instalar data centers. Así que también estamos apostando a la inteligencia artificial como mecanismo de aceleración del crecimiento económico.

En eso consiste nuestra estrategia de crecimiento.

Entonces, la pregunta es: ¿funciona? Bueno, la respuesta es sí.

Otra frase de Friedman que me encantaba —no tanto como la primera, pero que también me gusta mucho—: él fastidiaba mucho a sus alumnos preguntándoles cosas sobre sus países, y el punto era siempre: primero, los datos.

Cuando llegamos, la Argentina llevaba doce años con un PIB estancado. Además, después del momento glorioso de la Argentina a inicios del siglo XX, el país decidió abandonar el modelo liberal y tomar una línea fascista, es decir, una línea socialista, que luego derivó en una catástrofe. Porque la verdad es que ser el primer presidente liberal libertario, no solo de la Argentina sino del mundo, no es algo normal. No había condiciones normales de presión y temperatura: era un caos. Por eso me eligieron a mí; en condiciones normales, eso no hubiera pasado nunca.

En ese contexto, además, en los cien años previos a nuestra llegada la tasa de crecimiento promedio de la Argentina fue del 1 %, algo verdaderamente paupérrimo. Y lo peor es que todo eso ocurrió con la transición demográfica a nuestro favor.

Dicho esto, en el primer año de gobierno —medido con el Estimador Mensual de Actividad Económica, para no pagar las consecuencias del arrastre estadístico de la herencia recibida— el PIB se expandió más del 6,5 %. El segundo año lo hizo en torno al 4 %. Y si tomamos las estimaciones de los analistas de mercado, ese número puede fluctuar entre el 18 y el 20 % en cuatro años.

¿Es importante el número? Sí. Porque en el segundo gobierno de Cristina Fernández de Kirchner el crecimiento fue del 1,5 % en esos cuatro años, mientras que la OCDE creció en torno al 6 %. En el gobierno de Mauricio Macri la economía cayó un 3,8 %, mientras que la OCDE creció en torno al 7 %. En el caso de mi predecesor, la economía básicamente recuperó lo que había perdido durante el gobierno de Macri, en un mundo que creció al 5 %. Bueno, si nos ubicamos en el escenario medio del 18 %, eso significa que estaríamos triplicando el crecimiento de la OCDE. Y no solo eso: el crecimiento sería cuatro veces y media más alto que el que ha registrado la historia argentina en los últimos cien años.

Y está funcionando. No solo porque la tasa de crecimiento es interesante, sino porque lo verdaderamente interesante es la contracara de aquello que movilizó al profesor Aghion a dedicarse al crecimiento económico, y de esa frase tan estremecedora de Robert Lucas Jr.: la pobreza, cuando se sinceró, estaba en el 57 %; hoy está en torno al 30-32 %. Es decir, sacamos de la pobreza a un cuarto de la población argentina. Sacamos de la pobreza a 12 millones de seres humanos.

El 20 % de los argentinos eran indigentes —así como lo escuchan—, en el país de los alimentos, que puede alimentar a 500 millones de seres humanos. El sistema político había dejado al 20 % de los argentinos sin comer. Ese 20 % lo hemos llevado al 6 %.

Y los niños, que son nuestro futuro: cuando llegamos, su nivel de pobreza era del 70 %; hoy es del 42 %.

No estoy diciendo que la foto sea buena. La foto sigue siendo un espanto, la foto sigue siendo horrible. Pero, sin lugar a dudas, es la mejor película de la historia argentina.

Y para cerrar, necesito dar las gracias. Dar las gracias a mis maestros: a maestros como Philippe Aghion, como Xavier Sala-i-Martín o como Robert Lucas Jr., que me educaron en crecimiento económico, o a los austríacos que me inspiran día a día, como Mises, como Rothbard, como Hayek, que son quienes han inspirado la construcción de esta visión que tengo para que la Argentina sea grande nuevamente.

Ahora bien, con la visión no alcanza. Con solo la visión no alcanza. Por eso, mi mayor agradecimiento es también para esos gigantes que tengo como ministros, como gabinete, que son quienes están haciendo posible que esa idea se haga realidad.

Y, finalmente, el mayor agradecimiento es para los seres queridos, porque son quienes soportan los efectos colaterales de que uno haya tenido el coraje de decidir cambiar la historia decadente de un país para hacerlo grande nuevamente.

Muchísimas gracias.